

JOSÉ LUIS SAMPEDRO: *IN MEMORIAM*

BRAE TOMO XCV • CUADERNO CCCXI • ENERO-JUNIO DE 2015



«... reducimos a palabras el mundo para hacerlo inteligible y nos extraviamos en la maraña verbal. Sin ella no existiría el mal. No hay maldad en el tigre, aunque mate; y no conoce el vocablo 'maldad'

... porque la palabra nos hace humanos, nos permite dialogar y nos salva.

... pero esa palabra nos puede convertir en ruido, en ruido, en ruido para adormecer, confundir, engañar, persuadir con falsedades o encadenar con creencias...»

JOSÉ LUIS SAMPEDRO¹

«El río humano de innumerables ondas sigue historia adelante, tiempo abajo, hacia quién sabe qué océano final, de acuerdo o no con los discursos, las pancartas revolucionarias o las banderas de museo»². Fue nuestro añorado compañero José Luis Sampedro Sáez, quien escribió estas líneas, que aparecen en el capítulo postremo, y efímero puesto que únicamente lo incluyó en la primera edición (1961), de *El río que nos lleva*, una novela protagonizada por los gancheros del río Tajo en su labor de transportar la maderada río abajo, desde la Serranía Ibérica, en Guadalajara, hacia los barrancos, hitas y parameras de La Alcarria, desembocando finalmente en la vega de Aranjuez.

He querido comenzar esta necrológica con esa cita porque se acomoda perfectamente al Pleno que celebramos hoy, el del 26 de marzo de 2015, en Argamasilla de Alba. En él hemos escuchado que se ha entrado en la última etapa del protocolo académico para que se vuelva a ocupar el sillón «F», que con tanta dignidad y durante 22 años perteneció a José Luis Sampedro. Constatamos hoy, con dolor, que, en efecto, «el río humano de innumerables ondas sigue historia adelante, tiempo abajo, hacia quién sabe qué océano final». Pronto tendremos un nuevo compañero, un nuevo académico, al que más tar-

¹ José Luis Sampedro, *La vida perenne* (Plaza & Janés, Barcelona 2015), pág. 33.

² José Luis Sampedro, *El río que nos lleva* (Aguilar, Madrid 1961), pág. 357.

de o más temprano sucederá otro, en una imprevisible, pero sólida, cadena que se viene prologando desde que la Real Academia Española comenzó su andadura hace poco más de trescientos años, allá en 1713.

Sé, todos lo sabemos, que existen biografías que se podían cantar desde el nacimiento, existencias previsibles desde la cuna a la tumba. Si pensásemos, de nuevo, en un río, el río de la vida, éste sería uno de cauce lineal y constante, carente de meandros y desconocedor de avenidas, variaciones de caudal y nivel que, es cierto, pueden ser destructoras pero también fructíferas, desparramando, como hace el anciano y venerable Nilo, la semilla del abono del que brotará nueva vida. Pues bien, cuando contemplamos, con esa terrible, desoladora en el fondo, perspectiva que da el paso del tiempo y la ausencia, definitiva, de la persona que una vez fue, la biografía de José Luis Sampedro, nos encontramos con que si se puede asimilar a un río, éste fue zigzagueante, calmo a veces, bravío otras, un río que se mezcló con otros, y que lo hizo de manera tan íntima que en realidad no podemos distinguir entre madre y afluentes, todos son uno y lo otro.

PRIMEROS AÑOS, GUERRA CIVIL Y ESTUDIOS

José Luis Sampedro nació en Barcelona el 1 de febrero de 1917. «Mi padre», escribió, «era médico militar y estaba destinado allí en el momento de mi nacimiento. Pero antes de cumplir yo año y medio fue destinado a Tánger, de manera que, pese a haber nacido en Barcelona, mi escenario natal, el de mi infancia, fue Tánger, donde viví hasta los trece años»³. Y añadía: «Tánger en los años veinte era lo que yo llamaría una isla de promisión, un mundo al margen, un mundo excepcional. Era excepcional porque era una ciudad internacional». En su discurso de entrada a nuestra Academia, explicó qué quería decir con «ciudad internacional»⁴: «Aquel Tánger de los años veinte [...] era ciudad internacional, en la que convivían en igualdad todos los países. Los chicos llegábamos al colegio con diversas lenguas maternas, comprábamos golosinas con monedas diferentes, celebrábamos varias fiestas nacionales e incluso nuestro descanso semanal se repartía entre los días sagrados de tres religiones». Era

³ José Luis Sampedro, con la colaboración de Olga Lucas, *Escribir es vivir* (DeBolsillo, Barcelona 2013), pág. 39. Este libro reproduce un curso que, con el mismo título, Sampedro desarrolló del 21 al 25 de julio de 2003 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, dentro de un ciclo de cursos magistrales sobre «El autor y su obra».

⁴ José Luis Sampedro, *Desde la frontera* (Real Academia Española, Madrid 1991), págs. 9-10.

una ciudad en la que «los moros vendían hortalizas», gritaban sus productos en árabe y admitían únicamente moneda hassani, que había que obtener de cambistas judíos del zoco. Era una ciudad en la que del mundo moderno e internacional «se pasaba de pronto a casi la Edad Media y a lo que luego aprendí a llamar el Tercer Mundo».

Es difícil imaginar una escuela mejor para aprender que todos somos iguales aun siendo diferentes. José Luis Sampedro aprendió pronto y bien esta lección, como muestran tanto su vida como su obra. Por cierto, no estuvo todo el tiempo en Tánger: pasó una temporada en Cihuela, provincia de Soria, en el límite con Zaragoza, en casa de unos tíos suyos, y otro periodo internado en un colegio de jesuitas de Zaragoza. La idea era procurarle una educación mejor que la que podía obtener en Tánger, pero aquello duró hasta que su padre se enteró que José Luis ¡quería hacerse jesuita!

Después de Tánger llegó Aranjuez, a donde su padre fue destinado para ejercer de médico del Colegio de Huérfanos del Ejército «María Cristina». «Yo gocé», escribió en su novela *Real Sitio*, «del inmenso privilegio de que mi vida en la decisiva edad de la adolescencia, transcurriera en el Real Sitio. Mi paraíso terrenal está situado en esas riberas del Tajo y quizás toda esta novela ha brotado de mí para transubstanciar la nostalgia de ese paraíso. De él fui expulsado por mi edad y por las consecuencias en mi caso de la mal llamada Guerra Civil, sin que en vida me sea posible ya volver porque al tiempo no se le da la vuelta como al mundo»⁵.

Antes de que comenzase aquella incivil guerra que nos obstinamos en llamar «civil», Sampedro empezó, 1933, los estudios de Aduanas en la Academia Oficial de Aduanas (Ministerio de Hacienda) en Madrid. ¿Qué raro, pensarán ustedes? ¿Estudiar para funcionario de Aduanas una persona como Sampedro? ¿Tanto cambió con el paso de los años? La respuesta a estas razonables preguntas es fácil. Él mismo las contestó⁶:

«Yo entonces quería estudiar Filosofía y Letras, pero éramos tres hermanos y la situación económica de la familia no daba para tener tres hijos estudiando carrera universitaria en Madrid. Hecho este diagnóstico, sin que nadie me presionara, por sentido práctico, decidí preparar oposiciones a Aduanas. Es obvio que nadie nace con vocación de ser oficial de Aduanas. A cualquier niño que le preguntemos qué quiere ser de mayor contestará que quiere ser bombero, astronauta, futbolista, médico, arquitecto, cualquier cosa menos de Aduanas, ¿verdad? De modo que tampoco pensarán ustedes que a mí me entró tal vocación paseando por Aranjuez. Yo decidí estudiar Aduanas por

⁵ José Luis Sampedro, *Real Sitio* (DeBolsillo, Barcelona 2014), pág. 582.

⁶ J. L. Sampedro, *Escribir es vivir*, ob. cit., pág. 77.

razones utilitarias: era una carrera corta que me permitía ganar un buen sueldo para poder estudiar lo que me viniera en gana, sin ser una carga para la familia ni agraviar a mis hermanos, si sólo se me daba carrera a mí».

En 1935 recibió su primer destino: funcionario de Aduanas en Santander. Sería demasiado largo y prolijo ir deshebrando el hilo de esa madeja que fue la vida de José Luis Sampedro, pero por lo que acabo de decir empezarán ustedes a sospechar que no fue la suya una biografía típica de escritor. En absoluto. Veamos, a la manera del mero apunte, algunos jalones de esa biografía.

Movilizado primero por el ejército republicano y después por el bando nacional, pasó la guerra en Melilla, Cataluña, Guadalajara y Huete (Cuenca)⁷. Al término de la contienda, continuó como funcionario de Aduanas, ahora en Melilla, que terminó abandonando por un destino en Madrid, circunstancia que le permitió comenzar a estudiar, en 1944, Económicas (aquel mismo año se casó con Isabel Pellicer, matrimonio del que nació, 1946, Isabel, su única hija). En 1947, terminó la carrera con premio extraordinario. Aquel mismo año apareció la primera de sus publicaciones académicas: un breve artículo en la *Revista de Ciencia Aplicada* sobre el problema de las áreas económicamente deprimidas de Gran Bretaña, y también fue nombrado profesor encargado de curso de «Estructura e instituciones económicas» en su *alma mater*. El año siguiente, 1948, entró en el Servicio de Estudios del Banco Exterior de España. En 1950 se doctoró con una tesis sobre localización industrial⁸. Y en 1955 obtuvo la cátedra universitaria, la de «Estructura e instituciones económicas» de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

Su colega Rafael Martínez Cortiña describió la relación de Sampedro con el Banco Exterior (como asesor, continuó en el Banco hasta 1968, año que lo dejó habiendo alcanzado el nivel de subdirector general; como veremos, años después reanudó su relación con el Banco), así como su participación en algunas instancias públicas, en los siguientes términos⁹:

⁷ Al contrario de lo que en alguna ocasión se ha dicho, Sampedro no se pasó de bando, ni se alistó voluntariamente a ninguno; era un joven en edad de ser movilizado y sin conciencia política en aquel momento. Lo movilizaron primero los republicanos, pero cuando cayó Santander y entraron los nacionales, lo hicieron los «nacionales».

⁸ José Luis Sampedro, *Principios prácticos de localización industrial* (Aguilar, Madrid 1953).

⁹ Rafael Martínez Cortiña, «El magisterio de José Luis Sampedro» en *Homenaje al Profesor Sampedro. Ciclo de Conferencias* (Fundación Banco Exterior, Madrid 1987), págs. 83-103; cita en págs. 87-88.

«La enseñanza en la Universidad la compaginó, yo diría la complementó, con otras tareas académicas y profesionales. Ya en 1947 [sic], precisamente cuando comienza su labor docente universitaria, entró en el Banco Exterior de España, como economista asesor (no como asesor económico, pues él decía que esta denominación podría dar lugar a malos entendidos al poder interpretarse que era un asesor 'económico' o barato). Manuel Arburúa solicitó al entonces decano de la Facultad, Fernando Castiella, que le sugiriera un alumno brillante de la primera promoción para incorporarlo al Banco, y el elegido fue J. L. Sampedro. Entre 1951 y 1957 ejerció funciones asesoras en el Ministerio de Comercio y posteriormente se incorporó a la Secretaría Técnica del Ministerio de Hacienda hasta 1962. En estos puestos participó en diversas reuniones internacionales, sobre todo en la OCDE, donde intervino en importantes discusiones que afectaban al rumbo de la economía española.

Pero es en la preparación del Plan de Estabilización de 1959 donde su aportación es de mayor interés, colaborando con una serie de importantes economistas españoles, tales como Enrique Fuentes Quintana, Manuel Varela Parache y Ángel Rojo, bajo la dirección de Juan Sardá, hombre clave en la orientación que a partir de entonces va a tener nuestra economía».

La carrera como economista de José Luis Sampedro fue, como vemos, brillante. Además de los artículos habituales en un profesor universitario, publicó una serie de influyentes libros: el ya citado *Principios prácticos de localización industrial* (1953), *Realidad económica y análisis estructural* (Aguilar, Madrid 1958), *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo* (1966), que fue traducido a seis idiomas (francés, inglés, alemán, italiano, sueco y holandés) o, junto a Rafael Martínez Cortiña, *Estructura económica* (Ariel, Barcelona 1969). Y no hay que olvidar que tradujo dos obras de economía importantes: la de Joan Robinson, *La economía de la competencia imperfecta* (Aguilar, Madrid 1946) y el *Curso de Economía moderna* (Aguilar, Madrid 1950) de Paul A. Samuelson, seguramente el libro de economía en español más leído.

En cuanto al detalle de sus ideas y aportaciones a la economía, remito al contenido del libro que reproduce las intervenciones de un conjunto de colegas (Xose Manuel Beiras, Carlos Berzosa, Rafael Martínez Cortiña y Humberto Ríos Rodríguez) durante un homenaje que, bajo el patrocinio de la Fundación Banco Exterior de España, se le dedicó los días 25 al 29 de mayo de 1987¹⁰. Como colofón a aquellas jornadas, intervino el propio Sampedro. Es oportuno citar algo de lo que dijo entonces. Tras referirse a algunas personas de las que aprendió mucho (como William Beveridge, el creador de la «Seguridad social», al que llegó a conocer cuando éste visitó Madrid, Heinrich von Stackelberg, el economista alemán que fue miembro del Partido Nazi y de las SS y que dio

¹⁰ *Homenaje al Profesor Sampedro. Ciclo de Conferencias*, ob. cit.

clases en la Universidad Complutense de Madrid desde 1944 hasta su muerte en 1946, y Valentín Andrés), manifestó¹¹:

«Con estos aprendizajes y otros posteriores llegué a llamarme *metaeconomista*, porque, como expuse ya en mi memoria de oposición a cátedra, me dediqué a repasar la historia de la teoría económica y especialmente la obra de los ‘disidentes’: los históricos, los institucionalistas, el marxismo, incluso los estructuralistas franceses, que estaban entonces más de moda de lo que a mi juicio merecían.

Por esas vías mentales llegué a una ruptura con la ciencia convencional que me parece tener un equivalente en la historia de la propia disciplina. Hay en ella un momento, hace unos cien años aproximadamente, en que lo que se llamó hasta entonces *Political Economy*, Economía Política, se convirtió en *Economics* o ‘Teoría Económica’, y con ese rechazo de lo político se degradó una ciencia social reduciéndose a técnica [...]

Debo dejar bien claro que mi posición no debe interpretarse en modo alguno ni como desdén hacia los autores de ese pensamiento, cuyo talento y capacidad son extraordinarios, ni siquiera como rechazo a sus interpretaciones de la realidad, pues las estimo en general válidas. Lo que pasa es que son insuficientes, porque con ese equipo conceptual no se pueden abordar problemas como la inflación o el desarrollo, aunque ellos se crean capacitados.

La inflación y el desarrollo son procesos históricos movidos por decisiones humanas y relaciones institucionales, no reducibles a las variables manejadas por la Teoría Económica convencional.

En otras palabras, la Economía no es una técnica, la Economía es una ciencia social, es básicamente un estudio de relaciones humanas y de los asuntos ordinarios del hombre. Si no se tiene en cuenta, por ejemplo, el poder de los diversos grupos, ni situaciones tan distintas como el centro y la periferia, no es posible, en mi opinión, hacer una Economía válida.

Por eso yo afirmaba [...] que la Economía, más que una ciencia de la riqueza, debería llamarse la ciencia de la pobreza. Y no porque con eso resulte diferente, pues cuando se estudia la riqueza es forzoso tropezarse con la pobreza, sino porque la actitud del economista, su talante sentimental, si se siente estudioso de la pobreza, son completamente distintos de los de científico que se instala en la terminología de la riqueza para analizar la sociedad.

Con ese talante, pronto aprendido, he procurado llevar adelante mis estudios, relacionando siempre los aspectos técnicos con los institucionales, así como también la estructura con el proceso [...] Con el tiempo, cada vez me he ido inclinando más a no considerar las estructuras sino como momentos del proceso. Todo científico social percibe que en su campo es preciso considerar tanto el orden reinante como el cambio siempre en acción, pues ambos enfoques son indispensables e interrelacionados. Pero,

¹¹ José Luis Sampedro, «Aprendizajes de un metaeconomista», en *Homenaje al Profesor Sampedro. Ciclo de Conferencias*, ob. cit., págs. 111-127; cita en págs. 116-117.

sin poder eludir ninguno de los dos, todos optamos por uno de ellos en el fondo de nuestro corazoncito, que también lo tienen los científicos. Pues bien, yo me encuentro entre los que han optado por el cambio, porque es la esencia de la historia y por tanto del vivir del hombre: ese animal histórico».

Coherente con semejante espíritu, José Luis Sampedro fue construyendo su vida, su biografía, moviéndose en dimensiones distintas, cual si fuera un caleidoscopio, del que reconocemos la unidad de las imágenes que crea, a pesar de ir componiéndose con piezas muy diferentes. Fue un economista y profesor que compatibilizó su oficio con la literatura, mundo que finalmente ganó sus mejores energías y amores. No obstante, nunca abandonó el «objeto» al que presumiblemente se dedica, se debe dedicar y servir la economía y, en general, las denominadas «ciencias sociales»: las personas, las sociedades. Y aunque el hombre solidario y comprometido siempre estuvo allí, en sus escritos y clases sobre economía esa dimensión fue, como el vino que envejece bien, ganando peso y visibilidad con el paso de los años. Y ello hasta tal punto que, creo yo, en el indudable y manifiesto cariño que José Luis Sampedro recibió de la sociedad española, al menos una parte procede de los hombres y mujeres que forman ese en principio indiferenciado y abigarrado conjunto social, y que reconocieron en él un hermano que los quería y comprendía, y que deseaba estar a su lado, compartir sus problemas y alentarlos en la búsqueda de soluciones o, por lo menos, en la ilusión de la esperanza. En realidad, su alejamiento —del que trataré más adelante— de la economía como profesión era algo previsible, o mejor, algo que se habría hecho inevitable habida cuenta de la dirección que tomó el mundo, y dentro de él, las ideas y actividades económicas, a partir de, especialmente, las décadas de 1970 y 1980. Se puede apreciar lo que estoy diciendo en la «Introducción» que incorporó a un libro que recogía una serie de trabajos que publicó a lo largo de sesenta años de actividad docente y profesional, libro significativamente titulado *Economía humanista. Algo más que cifras*¹²:

«los trabajos incluidos en este volumen responden a una trayectoria docente inspirada en el espíritu social de los maestros que me formaron, es decir, de lo que expresivamente se llamaba entonces 'economía política'. En aquel tiempo interesaba producir bienes, pensando en las necesidades de la pobreza, mucho más que idear mecanismos financieros y especulativos para multiplicar ganancias. Los temas aquí tratados —estructura real, desarrollo, problemas sociales— acreditan esa filiación que me conforta y, de paso, muestran cuánto han variado las cosas desde mi época de estu-

¹² José Luis Sampedro, *Economía humanista. Algo más que cifras* (Debate, Barcelona 2009), págs. 12-13.

diante. Otra forma sencilla de subrayar tales cambios es recordar que en aquel tiempo los manuales ofrecían el agua y el aire como ejemplos clamorosos de los que llamaban 'bienes autorrenovables' porque, al no ser escasos, no reclamaban la atención de los economistas. La precaria situación actual de ambos elementos, bien por escasos o por contaminados, basta por sí sola para poner de manifiesto la irracionalidad cotidiana del sistema en su uso y abuso de los grandes recursos naturales.

Vivimos la decadencia del sistema, pero la historia no se acaba. Al derrumbamiento del Imperio romano sucedieron otros acontecimientos que iniciaron nuevas estructuras e instituciones [...] Pienso que lo mismo sucederá ahora. Se perciben ya agentes transformadores tanto en la aparición de nuevos protagonistas históricos externos a la cultura occidental, como en el desarrollo vertiginoso de la ciencia, único aspecto del sistema en continuo progreso, con nuevos descubrimientos y técnicas. No me cabe duda, como afirmé en mi obra *El mercado y la globalización* [2002] de que otro mundo es seguro, pero no resulta posible predecir las características de una nueva o nuevas organizaciones humanas. La respuesta la dará la historia, que es el nombre dado a la evolución de la humanidad. Como escribió Neruda, 'no es hacia abajo no hacia atrás la Vida'».

Sin duda, el rey Juan Carlos I tuvo todo esto en cuenta cuando en 1977 nombró a José Luis Sampedro senador, por designación real, en las primeras Cortes democráticas. Fue una sabia decisión¹³.

INTERLUDIO POLÍTICO

Un hombre con la sensibilidad social —el texto precedente es buena muestra de ello— de José Luis Sampedro no podía permanecer ajeno a la política en las largas décadas que el franquismo dominó España. Una de las manifestaciones de sus actividades sociopolíticas la encontramos en su participación, como uno de los fundadores (eran estos, además de Sampedro, José Luis Aranguren, Enrique Tierno, Carlos Ollero, Francisco Murillo Ferrol, José Antonio Maravall y Antonio Truyol) de un Centro de Enseñanza e Investigación, S. A. (CEISA), que enlazó con los Cursos de Sociología de la Universidad de Madrid que se habían puesto en marcha en 1962 de la mano de Pablo Cantó y que pretendían suplir la ausencia de la sociología en los pro-

¹³ Olga Lucas me informa que durante el tiempo que ejerció como senador donó la retribución que recibía (no sabe si en parte o en su totalidad) a diversos colectivos. Aunque no hay constancia escrita de a quienes, ni él solía referirse mucho a ello, Olga fue testigo de que en varios actos aparecieron personas que se acercaron para recordárselo y agradecerse.

gramas de la universidad española. En el curso autobiográfico que Sampedro dictó en Santander, se refirió a aquella iniciativa, que data de 1965, el año, ¿cómo olvidarlo?, de la «separación definitiva del servicio» (BOE del 21 agosto de 1965) de los catedráticos de Universidad José Luis López-Aranguren, Agustín García Calvo y Enrique Tierno Galván (además, Santiago Montero Díaz y Mariano Aguilar Navarro fueron «separados temporalmente del servicio durante dos años»)¹⁴:

«A raíz de la ignominiosa expulsión de los catedráticos Aranguren, García Calvo, Tierno Galván y Montero Díaz, entre unos cuantos fundamos el Centro de Estudios Sociales. Éramos tres directores: Maravall (el padre), Truyol, catedrático de Derecho Internacional, y yo, catedrático de Estructura Económica. Luego había un montón de profesores¹⁵. Los que habían sido expulsados cobraban y los que manteníamos el puesto no cobrábamos. Los alumnos, que llegaron a ser más de un centenar en un momento determinado, lo mismo: unos pagaban y otros no, según la situación económica de cada cual. La logística corría a cargo de Vidal-Beneyto, Pepín para los amigos, que era un águila para encontrar el local más adecuado a nuestras escasas posibilidades. Las clases que se daban allí no seguían los planes universitarios; eran los propios estudiantes los que elegían las materias. Si había un grupo que quería saber antropología, pues se buscaba un antropólogo dispuesto a dar clases a unos quince o veinte estudiantes realmente interesados en el tema.

Tampoco mi programa era el oficial. Yo les explicaba una serie de temas que consideraba de interés y ellos me proponían otras cosas y, si no las sabía, trataba de informarme. A mí, ese tipo de enseñanza me parecía ideal [...]

Hasta que un día, a Aranguren se le ocurrió impartir un curso titulado *La ética según Marx* o algo parecido. Claro, eso colmó la paciencia del Ministerio que, por supuesto, no le reconocía ninguna clase de ética a Marx. Para los estudiantes de izquierdas, oír a Tierno y a Aranguren que, tras su expulsión, siguieron impartiendo docencia en CEISA, era la gran oportunidad y para nosotros, los profesores, una experiencia apasionante.»

¹⁴ J. L. Sampedro, *Escribir es vivir*, ob. cit., págs. 204-206. Sobre CEISA, ver, asimismo, José Vidal-Beneyto, «El CEISA, un ejemplo de resistencia intelectual», *Le monde diplomatique en español*, diciembre de 2009, pág. 26, y Gregorio Morán, *El cura y los mandarines* (Akal, Madrid 2014), págs. 408-409.

¹⁵ Además de Aranguren, Tierno, Murillo, Sampedro, Ollero y Truyol, impartieron clases allí, entre otros, Luis Ángel Rojo, Elías Díaz, Raúl Morodo, Ramón Tamames, Luis García San Miguel, Jesús Ibáñez, Antonio Colodrón, Alfonso Ortí, Pablo Cantó, Ángel de Lucas, Carlos Moya, Salvador Giner, Víctor Pérez Díaz, Mario Gaviria, Manuel Castells, Ignacio Sotelo, José Jiménez Blanco, Esteban Pinilla de las Heras, Jordi Borja e Ignacio Fernández de Castro.

El cierre de CEISA se produjo en 1968. Duró, por consiguiente, tres años.

En aquel mundo, inevitablemente politizado, no es extraño que Sampedro participase en actividades diversas. Una de ellas fue en lo que al final se revelaría una turbia organización anticomunista internacional con financiación de la C.I.A.: el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC). Sampedro fue miembro de la Comisión Española del CLC y como tal participó en algunas de sus reuniones, como la que tuvo lugar, es un ejemplo, el 13 de enero de 1965, que presidió Fernando Chueca Goitia, y a la que asistieron, además de Sampedro y otros, López-Aranguren, Julián Marías, Antonio Buero Vallejo, José María Castellet y Tierno Galván¹⁶. Cuando el *New York Times* publicó una información (27 de abril de 1966), en la que se decía que el CLC recibía financiación de la C.I.A., Chueca Goitia, Dionisio Ridruejo, José Luis Cano, Pedro Laín, Mariano Manent, Julián Marías, Carlos María Bru y Sampedro, enviaron el 13 de mayo de 1966 una carta a John C. Hunt, secretario ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura, en la que manifestaban que: «Adhiriéndonos a las afirmaciones hechas por los Srs. Galbraith, Kennan, Oppenheimer y Schlesinger en la carta que dirigieron al Director del *New York Times* y que este periódico publicó en su número de 9 del corriente, nosotros podemos asegurar también, fundándonos para ello en la experiencia adquirida a lo largo de varios años de colaboración, que no abrigamos la menor duda acerca de la independencia del Congreso y de sus hombres o de su integridad moral y su fidelidad a los principios de libertad, aplicados a todos los órdenes de la vida, que guían nuestra común acción. Jamás se ha intentado imponer a nuestra actividad una orientación o unos límites extraños a nuestros propios criterios u objetivos. Y nunca hemos advertido que se tratase de desviar o de utilizar esa actividad en beneficio de intereses ajenos a los propósitos que nos animan. De lo contrario, ninguno de nosotros hubiera permanecido ni un instante más en la Comisión Española del Comité d'Ecrivains et d'Editeurs pour une Entr'aide Européenne».

Se equivocara o no entonces —sin duda la carta a Hunt era sincera—, lo que demuestra la participación de Sampedro en el CLC es que era una persona comprometida, en un mundo, el español, en el que las libertades brillaban por su ausencia.

En aquel oscuro mundo, la universidad española no ofrecía demasiados alicientes, y por ello Sampedro optó por pasar algunos años en el extranjero¹⁷: pri-

¹⁶ Ver José Luis Cano, «Recuerdos del antifranquismo», *El Ateneo*, Madrid 1994, 4.ª época, n.º IV-V, pág. 64.

¹⁷ «Al cerrar CEISA y con el ambiente enrarecido, acepté irme a Inglaterra»; J. L. Sampedro, *Escribir es vivir*, ob. cit., pág. 207.

mero estuvo dos meses en 1968 como *Ann Howard Shaw Lecturer* en el Bryn Mawr College de Pensilvania; después, aceptó el puesto de *Visiting Professor* en la Universidad de Salford (Gran Bretaña) para el curso 1969-1970 (explicó «Teoría económica» e «Historia y vida en la España actual»), y en el curso 1970-1971 desempeñó la misma actividad de profesor visitante en la Universidad de Liverpool. A su regreso a España en 1971 pidió la excedencia de la Universidad Complutense.

DE ECONOMISTA A ESCRITOR

Pero dejemos ya todo esto, puesto que en una ocasión como la presente lo obligado es referirse al José Luis Sampedro escritor, al fin y al cabo fue ahí donde se ganó el reconocimiento que hizo de él un hombre no sólo respetado, sino también querido, muy querido, y no sólo por su obra como escritor, sino también por cómo combinó ésta con un humanismo compasivo y activo.

La primera pregunta en este sentido sería, ¿cuándo comenzó a escribir y cómo compatibilizó su trabajo y estudios económicos con la literatura? De nuevo, dejemos que él mismo nos lo explique¹⁸:

«Yo he escrito con tesón y perseverancia durante cuarenta años sin ser conocido como escritor. Era conocido como economista, catedrático de Economía, pero, además de ganarme la vida con mi trabajo de economista, me levantaba a las cuatro de la mañana para escribir novelas. Y, pese a escribir y publicar unas cuantas, con buenas críticas y todo, a mí no se me consideró escritor hasta los años ochenta. Escribir durante cuarenta años sin que el esfuerzo esté recompensado por éxito, ni por fama ni por dinero, sólo tiene una explicación: que la recompensa consiste en la satisfacción íntima, en el ‘dolorido sentir’ en palabras de Garcilaso. Al igual que Garcilaso de la Vega, tras un desengaño amoroso escribió aquello de que ‘nadie me podrá quitar el dolorido sentir’, tampoco me podía, ni me podrá quitar nadie el dolorido sentir de la creación de esas horas matutinas a lo largo de tantos años. Yo me levantaba a las cuatro de la mañana porque era la hora en que ni yo molestaba a nadie ni a mí me molestaban, la hora en la que no suena el teléfono y, en mi caso, la hora a la que pasan las ideas».

Producto que aquellos desvelos —nunca mejor empleada esta palabra— fueron novelas que permanecieron inéditas hasta muchos años después: *La estatua de Adolfo Espejo*, que completó en 1939, pero que se publicó en 1994; *La sombra de los días* (1947, publicada en 1994), y *La paloma de cartón* (teatro) (1948, publicada en 2007).

¹⁸ *Ibidem*, pág. 63.

Su primera novela publicada fue *Congreso de Estocolmo*, que vio la luz en 1951. La idea de esta novela surgió, son sus palabras, «de mi asistencia a un congreso bancario, transformado en la novela en congreso de científicos; sin duda los temas con químicos, biólogos y sabios son más interesantes que las cifras de pérdidas y ganancias. En su día llamó la atención por el mero hecho de desarrollarse en Suecia. Una sueca era algo raro en nuestras latitudes. Con la entrada del turismo después del Plan de Estabilización, se pusieron de moda y fueron muy codiciadas pero, en los primeros cincuenta, la única sueca conocida era Greta Garbo»¹⁹.

Una década tardaría en llegar la segunda novela, la ya mencionada *El río que nos lleva*, nueve años más (1970), la siguiente, *El caballo desnudo*, once más (1981), *Octubre, Octubre*. A partir de entonces su obra cobra otro ritmo: *La sonrisa etrusca* (1985), *La vieja Sirena* (1990), *Mar al fondo* (1992), *Mientras la tierra gira* (1993), *Real Sitio* (1993), *Fronteras* (1995), *El amante lesbiano* (2000), *Los mongoles en Bagdad* (2003), *La senda del drago* (2006). De todas estas obras podría y debería hablar, pero me referiré únicamente a *La sonrisa etrusca*, por la que Sampedro sentía un agradecimiento especial. «*La sonrisa etrusca* me ha proporcionado muchas satisfacciones, la mayor de ellas, saber que es una de las preferidas y elegidas por muchos talleres de lectura para la iniciación de adultos en el fascinante mundo de los libros. Recibir cartas de señoras de sesenta años y más, emocionadas con el primer libro en sus vidas, o recibir testimonios de madres que tras varios esfuerzos frustrados, finalmente, gracias a *La sonrisa etrusca* han conseguido que sus hijos lean, es sin duda la mejor recompensa a todos los sacrificios que una actividad tan tirana como la creación (literaria en este caso) impone»²⁰.

Para entender la secuencia creativa de Sampedro hay que tener en cuenta varios factores. Uno que, como ya señalé, en 1971 pidió la excedencia de la Universidad Complutense, reintegrándose a la Dirección General de Aduanas, donde, presumiblemente, la carga de trabajo era menor (allí fue jefe del Servicio de Estudios hasta 1976, año en que regresó al Banco Exterior de España como economista asesor y, después, como vicepresidente de la Fundación del Banco Exterior, cargo del que dimitió voluntariamente; mantuvo su relación con el Banco hasta 1985). De todas maneras, sólo en 1987, «jubilado ya en todos los sentidos», se sintió «por vez primera en la más plena libertad»²¹.

¹⁹ *Ibidem*, pág. 173.

²⁰ *Ibidem*, págs. 241-242.

²¹ José Luis Sampedro, *Monte Sináí* (DeBolsillo, Barcelona 2013), pág. 41.

El segundo factor es que fue un escritor lento, para el que la escritura, de la que no podía escaparse, entrañaba un gran esfuerzo; él mismo lo reconoció²²:

«¿Para qué se escribe? Hombre, hay quien escribe para ser famoso, para salir en la tele; hay quien escribe para ligar, para ganar dinero, pero no es de ese tipo de motivaciones de las que vamos a hablar, entre otras razones porque para ganar dinero o ser famoso hay medios más rentables. Hablemos de arte, de literatura, de necesidad vital. Yo escribo por una razón, yo diría, genética. ¿Ustedes recuerdan a Nureyev, el bailarín ruso que murió hace unos años? En una entrevista, a la pregunta de la periodista: ‘¿Qué consejo daría usted a un muchacho o muchacha que quiera dedicarse al ballet?’, el gran artista contestó: ‘Que si puede, lo deje’ De lo que se deduce que para Nureyev la única razón sería para dedicarse al ballet era no poder evitarlo. Ése es exactamente mi caso con la literatura. Mi obra será buena, mala o regular, acertada o desatinada, pero la he escrito porque no podía evitarlo [...] Para mí, escribir no es un trabajo; es una necesidad vital. Escribir es un esfuerzo, un esfuerzo tremendo. Escribir *Octubre, octubre* [...] me costó diecinueve años. Escribí cuatro versiones diferentes. Y cuando termine la cuarta, que es la publicada, puse todos los folios uno encima de otro y esa pila de folios, mecanografiados por mí y que todavía conservo, esa pila medía un metro y veintiséis centímetros».

MONTE SINAI

«Todo estaba dispuesto, aunque nadie lo supiera porque la vida no avisa. A veces se divierte soplando en sus trompetas para nada; otras, en cambio, su corriente reúne a la callada ciertos seres y cosas, y deja que pase lo que tiene que pasar»²³. Estas frases, tomadas de *El río que nos lleva*, sirven bien para introducir un momento importante en la vida de Sampedro, porque, efectivamente, «la vida no avisa». Raras son las personas que pueden decir que «nacieron dos veces». José Luis Sampedro fue una de ellas.

Sucedió en mayo de 1995, mientras estaba en Nueva York, visitando a su hija, Isabel, esposa del embajador español ante las Naciones Unidas, Juan Antonio Yáñez. Comenzó a sentirse mal, tenía fiebre, y gracias a la previsión de su médico de cabecera, el doctor Miguel Sáez, que a distancia arregló todo, le llevaron al Centro de Cardiología del Hospital Monte Sinaí. Tenía una infección cardiovascular. Al principio, no parecía demasiado grave, pero la noche del 18 al 19, se desató la tormenta. En un librito, tan estremecedor como inolvidable, *Monte Sinaí* (1995), el propio Sampedro recordó aquella noche²⁴:

²² J. L. Sampedro, *Escribir es vivir*, ob. cit., págs. 30-31.

²³ J. L. Sampedro, *El río que nos lleva*, ob. cit., pág. 9.

²⁴ J. L. Sampedro, *Monte Sinaí*, ob. cit., págs. 46-48.

«Dormía plácidamente y, de pronto, se desató la violencia. Unos asaltantes me zarandeaban y antes casi de abrir los ojos me descubrí sentado en la cama por fuerza. Protesté iracundo: ‘Estoy bien, déjenme dormir!’, pero fue inútil. Sentí el pinchazo de una inyección, me vi rodeado por cinco personas agitadas, me parecieren sayones, recordé las detenciones de madrugada, ‘¿me sacan de aquí?, ¿qué pasa?’. Nadie explicaba nada [...] Sentí algo pegajoso y frío aplicado contra mi pecho: un cuadrado metálico como una loseta, sujeto por el pegamento habitual. Me agitaba entre la ira y la desesperación. ‘Sólo necesito dormir! ¡Protesto de este atropello!’. De la placa pectoral salía un cable, iban a aplicarme algo nuevo, una consolita traída a traición durante mi sueño [...]

Pero dejé de protestar, era inútil, moderé mis gemidos, acepté resignado las descargas. Eran imprevisibles, me sacudían implacables [...]

Así fue mi noche de Resurrección [...] Huracanada noche de un piloto al timón, capeando la tempestad aguardando los golpes de mar como yo los latigazos de las placas eléctricas, azotándome cada vez que mi corazón bajaba de no sé qué nivel. Así me balanceé en el puente Shinvat del mito iranio, allí donde un ángel acude a salvar a los bienaventurados [...] Dormí pesadamente y a la mañana cavilé sobre el suceso. Hubiese muerto sin mis electrodos, pues nada me dolía. Muerte en paz, como la del esquimal viejo, piadosamente abandonado por los suyos en el banco de hielo cuando ya no cabe salvarle, pues helándose poco a poco se extinguirá sin dolores.»

A la pregunta de Olga Lucas, con quien Sampedro —viudo desde 1986— se casó en 2003, a Valentín Fuster de cómo lo vio cuando ingresó en el hospital de Monte Sinaí, éste respondió²⁵: «Lo vi muy mal. Sí, lo vi muy mal, pero su caso era de los que o se superan o no. No hay término medio posible. No es como en el infarto, en el que puede quedar seriamente dañada una parte importante del miocardio y quedar uno muy limitado. En su caso, lo recuerdo perfectamente, me planteé que había un gran riesgo, pero que debí seguir adelante y o salía o no salía». Salió.

MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El 4 de enero de 1990, Rafael Lapesa, Gregorio Salvador y Antonio Buero Vallejo firmaban y presentaban en la Secretaría de la Real Academia Española un escrito en el que manifestaban que tenían «el honor de proponer al ilustre escritor don José Luis Sampedro Sáez para cubrir la vacante de Académico de

²⁵ Valentín Fuster, José Luis Sampedro, con Olga Lucas, *La ciencia y la vida* (Plaza y Janés, Barcelona 2008), pág. 245. Olga Lucas, mujer compasiva y combativa como Sampedro, constituyó una ayuda inapreciable para él durante más de una década.

número producida por el fallecimiento del Excmo. Sr. D. Manuel Halcón Villalón-Daoiz»²⁶.

No fue, sin embargo, la única candidatura que se presentó. Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza firmaron la candidatura de Francisco Umbral. Celebrada la correspondiente votación el 1 de febrero de 1990, Sampedro resultó elegido.

El domingo, como es preceptivo, 2 de junio de 1991, con el director, Manuel Alvar, presidiendo, la Real Academia Española se reunió en sesión pública y solemne para recibir al nuevo académico, quien tituló su discurso de ingreso *Desde la frontera*, un tema muy de él. Contestó en nombre de la Corporación, don Gregorio Salvador, felizmente todavía entre nosotros. No es cuestión de resumir lo que dijo aquel día, pues ahí está el texto para consultarlo, pero no resisto la tentación de citar un pasaje de él, que representa bien lo que nuestro añorado compañero fue y quiso ser²⁷:

«mi dios siempre ha sido Jano, el de un rostro a cada lado, el dios de las puertas y las arcadas, invocado en la antigua Roma antes que ningún otro numen, como supremo iniciador. Mis fronteras son todas trascendibles, como lo es la membrana de la célula, sin cuya permeabilidad no sería posible la vida, que es dar y recibir, intercambio, cruce de barreras. Y más aún que trascendible la frontera es provocadora, alzándose como un reto, amorosa invitación a ser franqueada, a ser poseída, a entregarse para darnos con su vencimiento nuestra superación: ese es el encanto profundo del vivir fronterizo. Encanto compuesto de ambivalencia, de ambigüedad —no son lo mismo—, de interpenetración, de vivir a la vez aquí y allá sin borrar diferencias. Más allá nos tienta lo otro, lo que no tenemos: nos lo canta y nos lo promete la frontera».

Académico leal y respetuoso, José Luis Sampedro formó parte de la Comisión de Ciencias Humanas desde 1992 y desempeñó el cargo de tesorero, aunque por un breve periodo de tiempo, en 1993. Cuando falleció contaba con 442 asistencias, no todas las que habría deseado ya que debido a sus problemas de salud pasó mucho tiempo fuera de Madrid.

UN HOMBRE ESPERANZADO

José Luis Sampedro recibió muchos honores durante su larga y honrosa vida. Ni yo puedo enumerarlos aquí, ni, estoy seguro, a él le hubiese agradado semejante dispendio de tiempo. Simplemente, a modo de ejemplo, mencio-

²⁶ Archivo de la Real Academia Española.

²⁷ José Luis Sampedro Sáez, *Desde la frontera* (Real Academia Española, Madrid 1991), págs. 16-17.

naré algunos cuyo recuerdo, tal vez, le hubiera incomodado menos: el Premio «Pro Derechos Humanos» de la Asociación de Derechos Humanos (1995), la Medalla de Oro de Aranjuez (1996), la Medalla al Mérito al Trabajo (2005), el Premio a la Tolerancia de la Fundación Rodolfo Benito Samaniego II-M (2006), la Cruz de Carlomagno del Govern de Andorra (2008), la Medalla de Honor de la Universidad Complutense de Madrid (2008) y el Premio Nacional de las Letras de España (2011).

Falleció el 8 de abril de 2013. Sus compañeros en esta corporación que hoy, con dolor y orgullo, le recuerda, todavía añoramos su presencia. Alto y enjuto como Alonso Quijano, o mejor como el hombre real al que aquel de ficción se afanó por reemplazar, aprovechándose de las licencias que permite una novela; esto es, alto y enjuto como don Quijote, así era José Luis Sampedro, al que acaso algunos de ustedes habrían confundido con el caballero de la Triste Figura si hoy estuviese con nosotros.

Fue un hombre inteligente y compasivo, un hombre de honor. Quiero terminar esta necrológica utilizando, de nuevo, algo que él escribió. Encontramos esa cita en el último capítulo de la primera edición de *El río que nos lleva*, capítulo que, por ser demasiado obvio que el comentarista era él mismo, como ya dije retiró en sucesivas ediciones²⁸:

«Yo escribo para contar la historia de mi esperanza, de cómo la descubrí entre los hombres del río y cómo la hice piedra clave para mi vida. Quiero ofrecerla a los asfiados por tanto aire prefabricado; a los que oyen avanzar el roer de las termitas mientras los conservadores del edificio aplican ridículos parches de yeso; a los que no se dejan comprar por el automóvil o la gran cruz ni satisfacer por los espectáculos para mayores que siguen siendo menores y los editoriales de la buena prensa. Envío mi esperanza a quienes creen que el pan es más verdad que el *cocktail-party*, y que la navaja está más viva que el expediente; a quienes, en fin, no confunden la pálida savia de los podridos invernaderos con la sangre roja y caliente de la vida».

AGRADECIMIENTO

Olga Lucas, que con tanto cariño e inteligencia mantiene viva la obra y el recuerdo de José Luis Sampedro, me ayudó proporcionándome materiales para esta necrológica. Agradezco muy sinceramente esa ayuda.

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON
Real Academia Española

²⁸ J. L. Sampedro, *El río que nos lleva*, ob. cit., págs. 356-357.